

Lidia Perria, *Γραφίς. Una historia de la escritura griega libraria, del siglo IV a.C. al siglo XVI d.C.*, traducción de Lucia Benassi e Inmaculada Pérez Martín, Madrid, Ediciones Universidad San Dámaso, 2018 (309 p.).

El libro que aquí reseñamos es la versión española del original publicado en Roma en 2011 y que constituye una exposición sistemática del estudio no sólo de la escritura griega y su evolución a través de los siglos, sino también un manual de paleografía y de codicología (término este acuñado por el helenista francés Dain) griegas, disciplinas cuya relación fijó con exactitud Masai (*Scriptorium* 10 [1956] 281-303). El concurso de todas estas disciplinas suponen un bagaje imprescindible para adentrarse con pie firme en el mundo de la crítica textual, pues se de todo punto imposible entender el proceso del error de copia sin unos conocimientos previos que hagan comprensible los condicionamientos y las circunstancias que lo hacen factible.

El libro abre con dos páginas dedicadas a las publicaciones periódicas mencionadas abreviadamente (ocho), así como a una serie de libros (siete) de primer nivel citados por idéntico procedimiento. A continuación hay unas páginas dedicadas al prólogo a la traducción española (pp. 11-12) y al prefacio (pp. 13-17), que bucea en los orígenes de la paleografía griega de la mano de Bernard de Montfaucon y de su *Paleographia graeca* (París 1708). Unas aclaraciones sobre cuestiones terminológicas (mayúscula, uncial, módulo, ductus, trazado, ligadura, etc.) siempre son convenientes para quien se introduce por primera vez en este apasionante mundo de los libros antiguos y sus formatos.

En el apartado bibliográfico la autora huye del formato habitual, consistente en la publicación de un listado de títulos, para presentar unos “apuntes bibliográficos” (pp. 27-32), en los que expone de manera razonada la utilidad y pertinencia de cada una de las obras recomendadas. Esta exposición tiene la ventaja de que el interesado por la materia puede obtener una primera valoración y una recomendación sobre la parte de la disciplina para la que es aconsejable su uso. Pero también tiene el inconveniente de que sólo se centra en las grandes e imprescindibles obras (Canart, Cavallo, Follieri, Gardthausen, Kenyon, Prato, Thompson, Turner, Turyn, etc.), dejando a un lado otros muchos estudios particulares que son de notable interés, la mayoría de los cuales irán apareciendo en las páginas sucesivas en notas a pie de página, pero no hubiese estado de más tener su listado completo al final de los apuntes bibliográficos o al final del libro. Tal vez habría sido recomendable en este apartado, o en otro creado *ad hoc*, algún tipo de exposición acerca de los orígenes de la paleografía como disciplina científica, así como sobre el desarrollo y evolución de la paleografía como ciencia. De igual modo, se echa algo en falta su relación con la diplomática, aunque este aspecto no es esencial.

Entrando propiamente en materia, el primer capítulo (pp. 33-67) está dedicado a las escrituras mayúsculas –según terminología de Cavallo y actualmente preferible a la terminología de “unciales”–. Siguiendo la periodización ya tradicional fundamentada más en eventos históricos que criterios paleográficos, la escritura mayúscula se divide en tres fases: 1) período tolemaico (desde la muerte de Alejandro Magno, 323 a.C., hasta la conquista romana de Egipto, 30 a.C.); 2) período romano (desde el 30 a.C. hasta la afirmación de Constantino como único augusto, 324 d.C.); 3) período bizantino (desde Constantino de Grande hasta el s. IX). Ahora bien, junto a esta división, basada en criterios históricos, hay que tener en cuenta otra, basada en criterios paleográficos, cuya propuesta debemos a Cavallo: 1) época unitaria (desde el siglo IV hasta el siglo III a.C.); época de diferenciación de estilos (desde el siglo III a.C. hasta los siglos II-III d.C.); 3) época de los cánones

(desde los siglos II-III d.C. hasta el siglo IX). A partir de estas clasificaciones la autora va desglosando las características de la mayúscula de cada etapa con las subdivisiones oportunas de cada una de ellas, como, por ejemplo, en la etapa bizantina, en la que se aborda, por orden cronológico, la mayúscula bíblica, alejandrina, ojival inclinada, ojival derecha y redonda litúrgica. Las páginas de este capítulo y de los siguientes van acompañadas de pequeñas reproducciones de manuscritos, en las que se pueden observar las características de cada tipo de letra; se incluyen comentarios de láminas que resultan sumamente ilustrativos y provechosos para el lector. Las reproducciones están realizadas en el mismo tipo de papel que el resto del libro, pero en general resultan lo suficientemente nítidas como para poder apreciar las características de los tipos de mayúsculas analizados. Pero esto no sucederá en la misma medida en los capítulos siguientes, ya que las reproducciones, debido a su pequeño tamaño, la deficiente calidad y la dificultad de la escritura, son más difíciles de leer y de estudiar. Es un problema derivado de incluir las láminas en el mismo tipo de papel que el resto del libro y no como fotos en papel satinado. Naturalmente, esto encarece siempre la edición, pero las reproducciones ganan bastante en calidad.

En el segundo capítulo (pp. 69-113) se aborda el estudio de la minúscula libraria (siglos IX-X), en una época que se destaca por su actividad a la hora de transmitir, recopilar y resumir. Durante el denominado Renacimiento carolingio, en la segunda mitad del siglo VIII y comienzos del siglo IX, asiste Europa a la creación de la minúscula carolingia, mientras que en Bizancio, en los primeros decenios del siglo IX, se asiste también a la génesis de una nueva minúscula libraria, producto de la transliteración (*μεταχαρακτηρισμός*) de la escritura mayúscula a minúscula, fundamentalmente en torno al gran centro cultural del monasterio de Estudio, en Constantinopla, que da paso al “enciclopedismo del siglo X”, en palabras de Paul Lemerle. Esta escritura rápida y económica se impuso, aunque su mayor inconveniente era su menor legibilidad. Lo más probable es que existiese un proceso con varios intentos y, en realidad, asistimos al proceso final, que constituye el primer manuscrito datado en minúscula, el famoso códice de San Petersburgo, llamado “Tetraevangelio Uspenskij” (Petrop. gr. 219), del año 835 (no confundir con el “Salterio Uspenskij”, al que la autora se refiere en las pp. 75-78). Con todo, contamos con algunos ejemplos –fundamentalmente tres– de la escritura minúscula anterior, que se vino a llamar “minúscula damascena” y que actualmente se prefiere denominar “minúscula hagiopolita”. A continuación, Perria describe otros tipos de minúscula libraria de esta etapa inicial: sinaítica, mixta y estudita, escritura esta última que se reafirmará en el mundo bizantino como la minúscula libraria por excelencia, que tanta influencia tendría en el desarrollo posterior de esta letra. Códices datados o datables en este ámbito estudita entre los siglos IX y X son: el Petrop. gr. 219 o “Tetraevangelio Uspenskij” (835), el Mosq. Sin. gr. 254 (880), el códice de Glasgow, University Library, Hunterian Museum V.3.5-6 (899), el menologio del Vat. gr. (916) y el menologio del Vat. gr. 1671 (916). A continuación la autora pasa a describir los diferentes tipos de minúscula libraria hasta el siglo X, fundamentalmente a partir de la sistematización que realizara Enrica Follieri en el Congreso internacional de paleografía griega de París, en 1974: minúscula antigua redonda o “tipo Nicolás”, minúscula antigua oblonga o “tipo Eustacio”, minúscula cuadrada derecha, minúscula cuadrada inclinada, minúscula “tipo Anastasio”, minúscula de espesamientos terminales, minúscula de la “colección filosófica”, minúscula cursivizante “tipo Baanes” y minúscula cursivizante “tipo Efrén”. Después dedica unas páginas a la minúscula libraria del período intermedio, la minúscula *bouletée* y la minúscula *Perschrift* o “escritura de perlas”. Al igual que en el capítulo anterior la exposición se acompaña de láminas y un ejercicio práctico final.

El capítulo tercero (pp. 116-146) está consagrado a las escrituras minúsculas de ámbito provincial (siglos X-XII), es decir, Italia meridional (escrituras angulosas, la minúscula “as de picas”, la minúscula de la “escuela niliana”, el “estilo de Rossano”, la elegante “escritura de Reggio”, las escrituras cursivizantes y la escritura “tipo Escilitzes”), Asia Menor, Monte Atos, Grecia y Epiro, y regiones orientales exbizantinas, todo ello debido a la influencia, por diversos motivos, de los bizantinos.

El cuarto capítulo (pp. 147-161) recoge la disolución del modelo “Perlschrijf” (siglos XI-XIII), que se caracteriza por las escrituras cursivas y cursivizantes, las “manos eruditas”, el “copista del Metafrastes”, el “anónimo K”, el “estilo barroco épsilon-ni”, la “semi-*Fettaugen* de los octateucos” y las “cursivas estilizadas redondeadas”, para acabar en el siglo XIII con el “estilo beta-gamma”, la *Fettaugenmode* y las escrituras miméticas de época paleóloga. Esta época se caracteriza por la conquista de Bizancio y la creación en ella de un Reino Latino (1204-1261), lo que determina un paréntesis cultural y un empobrecimiento del componente helenófono, que acabará con la reconquista de la ciudad y la instauración de la nueva dinastía imperial de los Paleólogos, que da vida a la última edad de oro de la civilización bizantina.

A una época de menor interés pertenecen el capítulo quinto (pp. 163-173) y el capítulo sexto (pp. 175-180). En el primero de ellos se exponen las grafías palestina, chipriota y salentina (con el frecuente recurso al uso de palimpsestos) (siglos XII-XIV), mientras que en el segundo se aborda el estudio de las minúsculas de Constantinopla y las regiones próximas a la capital, donde destaca la labor de eruditos como Máximo Planudes o Demetrio Triclinio (que realizó una labor de *emendatio* en el texto del drama y llevó a cabo auténticas ediciones), además del empleo del “estilo Metoquita” y del “estilo Hodegos”. Es la época de los *recentiores*: manuscritos de formato medio, texto en mitad de la página con glosas interlineares en tinta de diferente color y escolios marginales.

El séptimo y último capítulo (pp. 181-192) está destinado a la escritura de los siglos XV y XVI (Humanismo y Renacimiento), que pertenece a códices muy tardíos y, por lo general, de escaso interés, aunque desde el punto de vista paleográfico no dejan de tener interés por la dificultad que entraña leer dicha escritura. Nos estamos refiriendo a la “corriente erudito-caligráfica de tipo neoclásico” (con Jorge Crisococis), el “filón sobrio” (con Manuel Crisoloras, maestro de Guarino de Verona y Leonardo Bruni, y autor de la primera gramática griega: *Erotemata*), el “filón rebuscado” (con Demetrio Esgurópulo, entre otros), el “filón inclinado estrecho y puntiagudo” (con Jorge y Demetrio Mosco), el “filón inclinado cursivo” (con Constantino Láscaris), el “filón barroco” (con Valeriano Albino y Constantino Mesobotis), el “filón tradicional” (con Juan Roso) y la “minúscula de imprenta” (con Giovanni Onorio, el más representativo). La caída de Constantinopla en poder de los turcos en 1453 supuso la diáspora de numerosos eruditos y copistas hacia otros lugares donde instalarse en Occidente, lo que conllevó una diseminación de conocimientos filológico-lingüísticos, así como de experiencias gráficas. Pero no sólo hacia Occidente, sino también a Creta, Meteora, Patmos, monte Atos, Sinaí, etc. De 1453 a 1600 se copian los *códices deteriores*.

Hasta aquí la exposición histórica y diacrónica de los tipos de escritura griega libraria. Pero el libro que reseñamos no acaba en este punto. A partir de la p. 193 hay una serie de anejos absolutamente pertinentes –incluso imprescindibles– para completar la obra y para quien se inicia en la disciplina paleográfica. El primer anejo (pp. 193-197) está dedicado a una cuestión tan fundamental como es el de las abreviaturas y los *Nomina Sacra*, que tantos errores produce en crítica textual. A partir de la obra clásica de Ludwig Traube y otros estudios posteriores, la autora hace una exposición breve, pero sistemática. De igual modo, la taquigrafía y la braquigrafía ocupan

algunas páginas (pp. 197-200), que complementan lo explicado acerca de las abreviaturas en las páginas anteriores.

Para entender el contexto socio-cultural en el que se copian estos manuscritos, siguen unas nociones elementales de cronología bizantina, con un esbozo del sistema numeral (pp. 200-203), una explicación sobre la medida del tiempo en el mundo bizantino en lo referente a la era, el año, los días de la semana y las horas del día y de la noche (pp. 203-207), que es cuestión muy a tener en cuenta en la suscripción en los manuscritos bizantinos (p. 208), ya que se suscitan problemas de cronología (pp. 209-218). A la pronunciación medieval y moderna del griego, cuestión también influyente en los errores de copia, se dedican las pp. 218-221. Las llamadas tablas de los Cánones eusebianos también se analizan en un apartado (pp. 221-224); consiste en un sistema de concordancias que se suele hallar al comienzo de los códices de los Evangelios y sirven de guía a una trama de referencias al texto que se encuentran expresadas en forma de cifras en el margen del manuscrito.

El último anejo (pp. 225-251) está consagrado al origen, soporte y estructura del códice bizantino, es decir, la diferencia entre el códice papiráceo y pergamínáceo, el paso del rollo al códice, los palimpsestos, la elaboración del códice en sus aspectos técnicos, la fabricación del papel y del códice de papel, así como la numeración de cuadernos, para concluir con la cuestión de la decoración y la encuadernación.

Completan el libro un listado de créditos fotográficos y tres oportunos índices: ilustraciones, nombres y cosas destacadas, y manuscritos.

Hay que saludar, pues, con efusión la publicación de este libro para el ámbito del mundo hispano, pues no son precisamente abundantes los títulos sobre esta materia en lengua española. La exposición de la materia paleográfica de una manera sistemática y diáfana facilita su comprensión y será de gran utilidad para los estudiantes y estudiosos de esta disciplina. No se suelen esperar grandes novedades en un manual, pero el Perria tiene la ventaja de que actualiza algunas teorías sobre el origen de algunos tipos de escritura y su clasificación, cosa que siempre es de agradecer, ya que en estos últimos treinta años se han hecho aportaciones notables. El libro está pulcramente editado con la salvedad de unas cuantas ilustraciones, que son mejorables en tamaño y en claridad. En definitiva, estamos ante una obra que se hacía necesaria en nuestra lengua y que es absolutamente recomendable.

**Esteban Calderón Dorda**  
Universidad de Murcia  
E-mail: esteban@um.es